

Espiritualidad / es

EDESIO SÁNCHEZ-CETINA¹

Fecha de recepción: 08-06-12

Fecha de aceptación: 19-06-12

Fecha de aprobación: 07-07-12

Resumen

El título que lleva este ensayo tiene la doble función de apuntar, por un lado, hacia la definición de lo que *es* «espiritualidad» y, por el otro, hacia el hecho de que en realidad no hay una sino muchas espiritualidades. Empieza considerando lo que no es «espiritualidad» para después definirla a partir de lo que realmente es.

1 Edesio Sánchez-Cetina, mexicano, pastor presbiteriano, casado con Cira Ivette. Hijos: Edesio (31), Yvette (16). Licenciatura en Estudios Latinoamericanos de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), Bachillerato y Licenciatura en Teología (Seminario Bíblico Latinoamericano), Maestría y Doctorado (PhD) en el Union Theological Seminary de Richmond, Virginia, Estados Unidos, es consultor de traducciones bíblicas con las SBU (Sociedades Bíblicas Unidas) en las Américas. Ha participado en las siguientes traducciones de la Biblia como Consultor: Maya de Yucatán, México; Tzotzil de Chiapas, México; Guaraní de Paraguay; Miskitu y Sumo de Nicaragua; Poqomchí de Guatemala; Kuna de Panamá; Biblia de Estudio de la Dios Habla Hoy; Coordinación general de la Traducción en Lenguaje Actual. Es coordinador de las Jornadas Bíblicas (Seminarios o Talleres de Ciencias Bíblicas), responsable del Departamento de Traducciones para todas las publicaciones para niños, Editor con Esteban Voth de los Comentarios para la Exégesis y la Traducción. Ha editado y publicado los siguientes libros y comentarios: Descubre la Biblia, Enseñaba por Parábolas, Sabiduría para Vivir (estudios en el libro de Proverbios), Qué es la Biblia, Antiguo Testamento y América Latina; Comentarios a: Deuteronomio, Josué, Jueces y Malaquías. En la actualidad prepara el comentario de Salmos, así como uno de 1 y 2 de Reyes para el Comentario Bíblico Contemporáneo. Publicaciones de artículos sobre Biblia y traducción especialmente en la revista La Biblia en las Américas.



Palabras claves: espiritualidad, espiritualidades, vida abundante, justicia social, pobres, fiesta, celebración, risa.

Abstract

The essay bearing this title has the dual function of targeting on the one hand, to the definition of what “spirituality” and, on the other, to the fact that there really is not one but many spiritualities. Start by considering what not “spirituality” is and then define it from what it really is.

Keywords: spirituality, spiritualities, abundant life, social justice, the poor, party, celebration, laughter.

Que no es espiritualidad

No es «espiritualidad» la práctica de una religiosidad que se centre únicamente en lo «divino» y «celestial», con una marcada indiferencia o rechazo de las «cosas-de-este-mundo». Por lo general, la referencia a este tipo de espiritualidad se hace en contextos donde impera la ironía, el sarcasmo u objeción. La espiritualidad, aunque pertenece al ámbito de la religión, no busca «acercar» al individuo a Dios en detrimento de la vida en nuestro «aquí y ahora». Esta no-espiritualidad la traza de la siguiente manera un autor que escribe sobre la práctica de la espiritualidad en el siglo XXI:

Tradicionalmente se ha entendido la espiritualidad como algo exótico y esotérico y no algo que forma parte fundamental de la vida cotidiana común y corriente. Así, para muchas personas el término “espiritualidad” conjura imágenes de algo paranormal, místico, santurrón, devoto de una manera especial, piadoso, algo que no pertenece a este mundo, “*new age*”, algo que está a los márgenes y no en el centro, algo “alternativo” (Rolheiser, 2003, p. 17).

La espiritualidad que **sí es** tiene como objetivo la búsqueda y logro de una «vida abundante», es decir, la práctica de una piedad donde se da un sano balance entre lo «celestial» y lo «terrenal». En algunas ocasiones se habla del contraste entre lo «espiritual» y lo «material»

o lo «divino» y lo «humano». Pero me resisto a usar estos dos últimos juegos de antónimos, porque este tipo de oposición atenta contra el ser de Dios en su encarnación, en su vinculación solidaria con el ser humano y en su obra de creación. El ser humano —hombre y mujer— al ser creado a imagen y semejanza de Dios no puede escindirse para vivir una esquizofrenia espiritual. De hecho, la práctica de la espiritualidad se ha diseñado para ser vivida y experimentada aquí en este nuestro hogar al que le llamamos el mundo, la tierra. Excelente imagen de esto nos la da la forma de la cruz: el tronco vertical que une cielo y tierra, y el tronco horizontal que nos une a todo lo creado en una comunidad global. En este sentido, la verdadera espiritualidad se resiste a ser una experiencia individualista y privada, y se resiste mucho más a ser una práctica en la que se excluya alguno o varios de los sentimientos, emociones y vivencias que forman parte del ser humano: seriedad, formalidad, recogimiento, diversión, algarabía, humor, tristeza, alegría, temor, arrobamiento, candidez, suspiro, sonrisa, carcajada, lamento, queja, tranquilidad, nerviosismo, solaz. Como en el libro de los Salmos, toda la rica y variada experiencia de la vida humana forma parte integral de la espiritualidad. Una lectura de los ciento cincuenta Salmos, de manera especial el 119 confirma lo que aquí se dice.

Temerosos, preocupados y multiocupados

Para empezar a elaborar una definición de espiritualidad, es necesario partir de la realidad de la vida humana, aquí y ahora. Si la verdadera espiritualidad tiene por objetivo el logro de una vida abundante, entonces indagemos para ver si nuestra existencia actual, esta, la posmoderna, la del siglo XXI, nos acerca o nos aleja de ella, nos abre la puerta para alcanzarla sin muchas congojas y esfuerzos o nos pone una pared impenetrable de hormigón y hierro.

Desde las enseñanzas de Jesús (Mt 6.25-34), pasando por San Agustín y Kierkegaard, y alcanzando a Henry Nouwen, se nos ha afirmado que la vida humana es una existencia llena de insatisfacciones y preocupaciones y su meta es llegar a una experiencia de vida que responda a todas ellas. San Agustín dijo: «Nos has hecho para ti, Señor, y



nuestros corazones estarán inquietos hasta que descansen en ti». Los grandes pensadores de la humanidad —por ejemplo Platón, Goethe, Nietzsche— de una u otra manera nos dicen que el ser humano vive una nostalgia que lo carcome, una intranquilidad que todo lo abarca, que está en el centro de la existencia humana y se convierte en la fuerza que arrastra todo lo demás. El siguiente poema de Goethe (43) recoge ese sentir:

Sagrado Anheló

A nadie se lo digas, sólo al sabio,
pues el gentío al punto lo escarnece:
sólo quiero exaltar lo viviente,
lo que a la muerte en llama aspira.

De las noches de amor en la frescura
que te engendró y donde tú engendraste,
te sobreviene un sentimiento extraño,
mientras arde en silencio la bujía.

Ya no te sientes más aprisionado
en el nudo de las tinieblas,
y un nuevo impulso te levanta
hacia una unión más alta.

No hay distancia que te trabe,
vas volando y como encantado,
hasta que al fin, de luz deseoso,
ardas mariposa en la llama.

Y hasta tanto no tengas esto,
esto: muere y transfórmate,
sólo serás un triste huésped
sobre la oscura tierra.

Nuestra cultura es una cultura del miedo, de la desesperación, de la preocupación y el descontento. El miedo nos carcome y la preocu-



pación nos mantiene en una vida orientada a la vez hacia muchas direcciones. La preocupación de lograr tantas cosas nos lleva a estar ocupados en muchas cosas. Se nos hace prácticamente imposible fijar nuestra vida y prioridades en una sola cosa. Necesitamos resolver a la vez una multitud de asuntos y necesidades a las que adjudicamos carácter de prioritario a todas a la vez. A mayor preocupación, mayor ocupación en un sin fin de «necesidades» y «aspiraciones». Conozco en Costa Rica una pareja que se pasa la vida saltando de aquí para allá, de una iglesia a otra iglesia, de un grupo de oración y estudio bíblico a otros, de una estética a otra, de un gimnasio a otro, y así y así lleva su vida. Trabajan tanto el hombre como la mujer, pero con un notorio abandono de sus tres hijos adolescentes y jóvenes. Tienen buen trabajo, buenas entradas financieras, suficiente dinero para darse el estilo de lujos y vida que se dan, pero están inconformes con la vida. Es decir, están llenos pero insatisfechos. Al respecto leamos estas palabras de Henry Nouwen, espiritualista contemporáneo:

Nuestros días están llenos de cosas que hacer, personas que ver, proyectos que terminar, cartas que escribir, llamadas que hacer, citas a las que acudir. Nuestras vidas se parecen a unas maletas llenas hasta el tope y a punto de reventar por los bordes. De hecho, siempre tenemos la impresión de que andamos retrasados con nuestro horario. Tenemos la sensación persistente de que quedan trabajos inconclusos, promesas incumplidas, propósitos que no se han llevado a cabo. Siempre hay algo que deberíamos haber recordado, hecho o dicho. Siempre quedan personas con las que no llegamos a hablar, a las que no escribimos o a las que no fuimos a ver. De esta manera, aunque estamos muy ocupados, nos queda la impresión de no haber cumplido realmente con nuestras obligaciones (Nouwen, 2001, p. 10).

Y el problema más grave es que en nuestra cultura y sociedad estar ocupado es símbolo de importancia, de responsabilidad y de éxito. Mientras más ocupados estamos más se nos respeta y admira. La tesis es clara: al desocupado no se le toma en cuenta. El ocupado, mientras lo esté en más de una cosa, más vale. ¡Qué felices nos sentimos cuando uno de esos ocupados nos obsequia una mirada o nos da un minuto de su tiempo. Lo apreciamos como si fuera un pedazo de eternidad que nos ha regalado!



El lado amargo de tal realidad es que la necesidad de estar ocupados es fuente de preocupaciones. Vivir ocupados y vivir preocupados son dos caras de la misma moneda. De lo que por lo general no nos damos cuenta es que la preocupación nos roba más tiempo y energías que la ocupación. Vivimos ansiosos y temerosos de que una enfermedad frene de un solo golpe una vida activa y «productiva». Vivimos temerosos de que nuestro cónyuge o nuestro hijo nos robe un momento de trabajo con una de esas pláticas o interrupciones banales. Es decir, no podemos darnos el lujo de que otras ocupaciones nos quiten la ocupación que más nos pre-ocupa.

Querer una sola cosa

Dice Rolheiser (2003, p. 17):

La espiritualidad...no tiene nada que ver con elegir de manera serena y racional ciertas actividades espirituales como ir a la iglesia, orar o meditar, leer libros espirituales o emprender una búsqueda espiritual explícita de algún tipo. Es algo mucho más básico. Mucho antes de hacer algo explícitamente religioso tenemos que hacer algo con el fuego que nos quema adentro. **Qué hacemos con este fuego, cómo lo encaucemos, es nuestra espiritualidad** (el énfasis es mío).

El secreto está en ocuparnos de una sola causa. Kierkegaard dijo que «el santo es aquella persona que quiere una sola cosa». Y creo que nadie se opone a la sugerencia de que personas como la Madre Teresa, el Arzobispo Oscar Romero, Martin Luther King Jr, Dietrich Bonhoeffer y, por supuesto San Pablo (Flp 3.12-13) y, por encima de todos, Jesús, el Hijo de Dios. En su libro, *Cristo y la cultura*, Richard Niebuhr (1969), en el capítulo que titula «hacia una definición de Cristo», dice así:

La humildad de Cristo no es la moderación de no rebasar el lugar exacto que corresponde al individuo en la escala del ser, sino más bien **la dependencia y la confianza absolutas en Dios**, con la consiguiente capacidad para trasladar montañas. El secreto de la mansedumbre y de la gentileza de Cristo estriba en su relación con Dios...Cualquier virtud de Jesús puede considerarse como la clave del secreto de su



carácter y doctrina; pero cada una de ellas es inteligible en su radicalismo aparente a condición de entenderla como una relación con Dios... Parece evidente que la excepcionalidad, la magnitud heroica y la sublimidad de la persona de Cristo, consideradas moralmente, se deben a **esa devoción única a Dios y a esa confianza absoluta en él, que sólo se expresan diciendo que es el Hijo de Dios...** El poder y el atractivo que Jesucristo ejerce sobre los hombres nunca provienen de él solo, sino de él como Hijo del Padre. Proviene de él según su filiación en un doble sentido, como **hombre que vive para Dios y como Dios que vive entre los hombres** (énfasis propios).

La verdadera espiritualidad bíblica y cristiana es aquella vocación con una sola causa y dirección. Cuando nuestra vida está repleta de ansiedades, preocupaciones y ocupaciones, la práctica de la espiritualidad se nulifica. No le damos espacio al Espíritu de Dios. En nuestra vida solo uno puede llenar ese vacío, y ese es Dios, su Espíritu. Por eso Pablo nos urge a vivir llenos del Espíritu Santo (Ef 5.18). En Mateo 6.33, Jesús nos enseñó que debemos enfocar nuestra vida en lo único y necesario: el reino de Dios y su justicia. Como Jesús, la Madre Teresa, Oscar Romero y otros enfocaron su vida en Dios y su causa, la justicia, por eso estos santos le dieron prioridad a los pobres, los excluidos, los realmente pobres.

En medio del poder devastador del nazismo, Dietrich Bonhoeffer no solo luchó contra Hitler y su maquinaria de poder y destrucción, sino contra la misma iglesia cristiana que cayó presa del sistema nazi. Una y otra vez, en sus sermones y escritos, Bonhoeffer urgía a los pastores y cristianos a unificar su vida y voluntad en una sola cosa: en Jesucristo. En unas emotivas y enjundiosas páginas sobre la vida de Bonhoeffer, Robert Coles, el psiquiatra profesor en Harvard, dice así de la vida de este mártir:

En estas circunstancias, Bonhoeffer no se volvió a un Dios distante y abstracto, ni a su pasado luterano (...), ni a la tradición intelectual de la Ilustración, ni tampoco al pensamiento de moda que había ocupado un puesto tan destacado en el Berlín de la década de 1920. Se volvió más bien a Jesucristo... Un teólogo prometedor se convirtió en un marginado en peligro. Fue como si hubiera dado un salto de diecinueve siglos, tratando de situarse entre los compañeros de Jesús y los



camaradas peregrinos que Él escogió, un grupo de humildes seguidores que corrieron riesgos por decidirse estar con Él...Tomó a Jesús suficientemente en serio como para tratar de imitarlo y el destino le dió una oportunidad de hacerlo de una manera más intensa de lo que nadie se había atrevido a creer posible.

El corazón del legado espiritual que Bonhoeffer nos dejó no se encuentra en sus palabras y sus libros, sino en la forma que empleó su tiempo en la tierra, en su decisión de vivir como si el Señor fuera un vecino y amigo, una constante fuente de coraje e inspiración, una presencia tanto en los afanes como en las alegrías, un recordatorio de las obligaciones y afirmaciones del amor y también del significado decisivo de su muerte... (Bonhoeffer, 2001, pp. 39-40, 42, 55).

Todo lo que se ha dicho en este apartado nos dirige hacia el texto más central de la fe bíblica, el *shemá* (Dt 6.4-5; cf. Mc 12.28-34): *¡Escucha, pueblo de Israel! Nuestro único Dios es el Dios de Israel. Ama a tu Dios con todo lo que piensas, con todo lo que eres y con todo lo que vales* (TLA). De acuerdo con este texto, todo nuestro ser debe vivir comprometido, todo el tiempo y en todo lugar a obedecer al único Dios y en amarlo sobre todas las cosas. Así como este es el centro de toda teología bíblica, también lo es para toda práctica de la espiritualidad. Esta enseñanza bíblica es el antídoto contra la anti-espiritualidad a la que nos hemos referido anteriormente.

La práctica de la espiritualidad

Vidas paralelas: el contexto bíblico y el nuestro

La espiritualidad, como práctica de vida, surge casi siempre, tanto en el testimonio bíblico como en la historia, en tiempos de crisis y decadencia social y moral. Y es en ese contexto —en medio del crisol de la prueba de fe, fidelidad y aguante— en el que el cristiano se siente desafiado a expresar de manera valiente y total la calidad de su fe, de su práctica religiosa y de su compromiso vital con Dios y con los otros. Parto del testimonio bíblico, de manera especial de la Biblia Hebrea (AT) —por ser mi campo de especialidad— para considerar los variados contextos desde donde se exige o reclama la práctica de

la espiritualidad, de acuerdo con los parámetros delineados en el apartado anterior. Del testimonio bíblico paso a nuestro «aquí y ahora» para plantear rutas y rumbos para una espiritualidad contemporánea, tiempos en que para muchos «todo parece perdido» y para otros, en donde todo «espacio y opción están cerrados».

Usaré algunos salmos y poemas procedentes de la época del exilio (587-540 a.C.) y del posexilio (540-332 a.C.). Ambas épocas, aunque de manera especial la posexílica, se caracterizan por ser periodos de reajuste en lo que respecta a la identidad del individuo y de la nación. ¿Cómo saberse miembro del pueblo de Dios con todos los beneficios y responsabilidades que significaba la relación de alianza con YHVH en momentos en que carecían de todas aquellas instituciones que antes les habían dado identidad, orgullo y sentido de pertenencia y seguridad?

Este periodo es, sin duda, el de una generación que lo ha perdido todo y que experimenta una vida de tiempos y espacios «cerrados». ¿Cómo desarrollar una espiritualidad que responda a ese momento preciso?

En el poema que contiene el mensaje de la vocación del Isaías (cap. 6, TLA) se describe la futura situación del exilio de la siguiente manera:

Dios me respondió:

*Hasta que todas las ciudades sean destruidas
y se queden sin habitantes;
hasta que en las casas no haya más gente
y los campos queden desiertos;
¹² hasta que yo mande al pueblo fuera de su tierra,
y el país quede abandonado.
¹³ Y si de cien personas quedan sólo diez,
hasta esas diez serán destruidas.
Quedarán como el tronco de un árbol,
que recién ha sido cortado.
Pero unos pocos israelitas quedarán con vida,
y de ellos saldrá un pueblo obediente y fiel.*



De acuerdo con esta profecía, el pueblo de Dios, a causa de su infidelidad y terquedad iba a ser prácticamente destruido —de manos de Asiria y Babilonia— a través de la esclavitud, de la obligación de servir y adorar a otros dioses, de la muerte, la mutilación y la pérdida de todo bien material que habían poseído en la Tierra prometida. El salmo 137 (TLA) es en realidad la protesta más cáustica de la experiencia del exilio en labios del pueblo sufriente:

*¹ Cuando estábamos en Babilonia,
lejos de nuestro país,
acostumbrábamos sentarnos
a la orilla de sus ríos.*

*¡No podíamos contener el llanto
al acordarnos de Jerusalén!*

*² En las ramas de los árboles
que crecen junto a esos ríos
colgamos nuestras arpas.*

*³ Los mismos soldados
que nos sacaron de Israel
y nos hacían trabajar;
nos pedían estar alegres;
¡querían oírnos cantar!
¡Querían que les cantáramos
canciones de nuestra tierra!*

*⁴ ¡Jamás cantaríamos
en tierra de extranjeros
alabanzas a nuestro Dios!*

*⁵⁻⁶ ¡Jerusalén, Jerusalén!
Si llegara yo a olvidarte,
¡que la mano derecha se me seque!
¡Que me corten la lengua
si por estar alegre
dejo de pensar en ti!*

Del mismo modo que en el peregrinaje del éxodo hacia la Tierra prometida en el que el pueblo liberado añoraba «las ollas de puchero de Egipto», ahora el pueblo exiliado lloraba por su «Jerusalén», y añoraba su ciudad con dolor y enojo superlativo. Claro, no era para menos. En el fondo de todo, el problema máximo no era la añoranza de Jerusalén, sino la experiencia de saberse abandonados por Yavé, su Dios. Ese era el fondo donde se anidaba el dolor del pueblo. El Salmo 13 (DHH) —escrito probablemente en el exilio (Gilligham: 254)— da cuenta de ese sufrimiento:

*Señor,
¿hasta cuándo me olvidarás?
¿Me olvidarás para siempre?
¿Hasta cuándo te esconderás de mí?
²¿Hasta cuándo mi alma y mi corazón
habrán de sufrir y estar tristes todo el día?
¿Hasta cuándo habré de estar sometido al enemigo?
³ Señor, Dios mío,
¡mírame, respóndeme, llena mis ojos de luz!
¡Que no caiga yo en el sueño de la muerte!^b
⁴¡Que no diga mi enemigo: “Lo he vencido”!
¡Que no se alegre si yo fracaso!*

*⁵Yo confío en tu amor;
mi corazón se alegra porque tú me salvas.
⁶¡Cantaré al Señor por el bien que me ha hecho!*

Ante esta situación de abandono, de dolor, de enojo, frustración y queja, la respuesta de Yavé es de misericordia y esperanza (Is 40.1-2, TLA):



¹ *Dios dijo:*

«¡*Consuelen a mi pueblo!*

¡*Denle ánimo!*

² *Hablen con mucho cariño*

a los habitantes de Jerusalén,

y anúncienles de mi parte

que ya han dejado de ser esclavos.

Ya les hice pagar por sus pecados,

y el castigo que han recibido

es más que suficiente».

¡Claro! El pueblo había dado el primer paso en su aprendizaje sobre la espiritualidad en tiempos de pérdida total; ¡había tenido la valentía de reconocer la base de su dolor y el fondo de su problema, y había dirigido su lamento y frustración al interlocutor correcto, a su Dios. A Yavé le lanza toda la ira y amargura acumulada tal como se nota en el salmo 137, y a Yavé reconoce como receptor de su sufrimiento de abandono y como la única fuente de solución para su situación descrita en el salmo 13.

De acuerdo con el salmo 137, la oración nos conduce a un terreno difícil y escabroso. Nos lleva a la arena que nos permite descubrir que el mal se ha arraigado de formas que no nos habíamos ni siquiera imaginado. En el ejemplo de este salmo, la oración no nos entrena en un moralismo enjuiciador, sino a enfrentarnos al mal. En este salmo, los que oran han identificado al enemigo, responden con indignación y vacían en los oídos de Dios sus lamentos; no vomitando odio contra los que realmente se merecen la dureza del castigo, sino canalizándolo a través de un medio efectivo que lleva la forma de la alianza divina con su pueblo.

En esta oración —Salmo 137—, no se nos dice que los sentimientos de cólera y odio son buenos o malos. Simple y sencillamente se elevan a Dios. Hay por tanto, un espacio en la oración y, por ende en la espiritualidad, que nos permite decirle a Dios «lo impensable». Dios ha provisto la oración para que en ella y a sus oídos se canalice toda amargura y energía de odio y cólera. Por supuesto que esta actitud y

esta oración no forma parte de las listas de pasos a aprender para una vida triunfante de oración. El dolor humano y el odio no puede ser el primer paso para lograr una vida plena, ni para lograr el establecimiento de buenas relaciones. Pero son pasos necesarios, cuando la situación lo demande, para acercarnos a Dios, entregarle nuestras cargas de odio, enojo y cólera y permitir que él las maneje a su manera. Cuando nos acercamos a Dios, todos quisiéramos que de nuestro corazón y labios broten pensamientos agradables, positivos, blandos y gozosos. ¡Qué bueno si así fuera! Pero mientras eso no pase, el Salmo 137 nos dice: está bien que te acerques a Dios con esa carga, desamárrala y dásela a Dios. El prefiere cargar con ella y no que la arrojes a quien se la merece y lo destruyas y abras una dinámica destructiva interminable. Es un verdadero acto de espiritualidad profunda y madura entregarle a Dios nuestros más hondos odios y enojos, sabiendo que él los tomará muy en serio. Recordemos las palabras del apóstol Pablo: *Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo. Quitense de vosotros toda amargura, enojo e ira* (Ef 4.26, 31, RV60).

En el espíritu de esta primera gran lección de espiritualidad y oración, es aleccionador leer la experiencia del espiritualista moderno, Henry Nouwen —en la entrada de su *diario desde el monasterio* correspondiente al día lunes 24 de junio de 1974 (Nouwen, 1996, p. 42-43) —:

Esta tarde tuve una larga charla con John Eudes... Le hablé sobre todo de mi cólera: mi inclinación a enojarme e irritarme con personas, ideas y acontecimientos... Pero la cólera que me perturbaba era la que sentía conmigo mismo por no responder adecuadamente, por no saber cómo expresar mi desacuerdo, obedeciendo exteriormente mientras en mi interior permanecía rebelde, por dejar que los acontecimientos pequeños y aparentemente insignificantes tuvieran tanto poder sobre mi vida emocional... [Eudes me dio] estas cinco sugerencias: Primera: deja aflorar tus sentimientos de cólera y examínalos atentamente. No los niegues ni los suprimas, deja que te enseñen. Segundo: no vaciles en hablar de sentimientos de cólera, incluso cuando parecen referirse a asuntos intrascendentes y aparentemente insignificantes. Si no afrontas la ira en cosas pequeñas, ¿cómo vas a estar preparado para enfrentarla en una crisis verdadera? Tercero: tu cólera puede tener buenas razones. Habla conmigo (John Eudes). Quizás he tomado



decisiones equivocadas, tal vez deba cambiar de opinión. Si tu cólera me llega a parecer absurda o desproporcionada, podremos examinar más de cerca qué es lo que te ha hecho responder tan violentamente. Cuarto: parte del problema podría consistir en generalizar. El desacuerdo con una decisión, una idea o un hecho podría hacerte enojar conmigo, con la comunidad, con el país todo, etc. Quinto: a un nivel más profundo, pregúntate en qué medida tu cólera tiene que ver con la inflación del ego. La cólera revela a menudo lo que uno siente y piensa de sí mismo, y la importancia que había dado a las ideas e intuiciones. Cuando Dios llega a ser de nuevo el centro y podemos ponernos frente a Él con todas nuestras debilidades, entonces quizás podamos tomar algo de distancia, permitiendo a la cólera disminuir y orar de nuevo.

Es importante recalcar que en ambos casos, los Salmos 137 y 13, el orante que se encuentra perdido, al borde del desquiciamiento por encontrarse totalmente abandonado o sumido en el odio y la amargura, hace de la Palabra de Dios sus propias palabras. En la escuela de la espiritualidad, cuando al individuo se le ha arrebatado o perdido hasta la capacidad de proferir palabra alguna debido al profundo dolor y sufrimiento, y se sume en el silencio o solo puede proferir balbuceos y gemidos, cae en lo que Elaine Scarry (1985, p. 172) dice:

Ser testigo del momento cuando el dolor produce una regresión al prelenguaje de los gritos y gemidos, es presenciar la destrucción del lenguaje; pero a la vez, estar presente cuando una persona sale de tal prelenguaje y proyecta la realidad de lo que siente por medio del lenguaje, es como haber tenido el privilegio de estar presente en el momento en el que el lenguaje mismo surgió a la vida.

Estos salmos, con su casi «indigerible» contenido, son, en realidad, la recreación del lenguaje en la boca de quienes el dolor, sufrimiento, abandono y violencia solo han permitido gritos y gemidos. Por este medio, Dios ha permitido que sea su palabra la que venga como fuerza vivificante y recreadora, y así nulificar el poder sofocante y destructor de la angustia y el dolor. Jesús, en esto, es nuestro ejemplo: en medio del profundo dolor del martirio y del abandono divino en



la cruz pudo aferrarse a la palabra divina: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 22.1).

Aunque parezca extraño o inadmisibile para algunos, en el plan de restauración de Dios, prescrito en Isaías 40—55, su Palabra es la primera fuerza restauradora. Después de la proclamación de las palabras citadas de Isaías 40.1-2, el mismo Yavé afirma en el versículo 8 (DHH): *La hierba se seca y la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece firme para siempre*. Al final de todo el Deutero-Isaías (40—55), se vuelve a hablar de la centralidad de la Palabra de Dios, su efectividad y su permanencia, colocándola como marco de todo el mensaje esperanzador y redentor de este libro (55.10-11, DHH):

*Así como la lluvia y la nieve bajan del cielo,
y no vuelven allá, sino que empapan la tierra,
la fecundan y la hacen germinar,
y producen la semilla para sembrar
y el pan para comer,
**así también la palabra que sale de mis labios
no vuelve a mí sin producir efecto,
sino que hace lo que yo quiero
y cumple la orden que le doy.***

Toda experiencia y peregrinaje de espiritualidad debe empezar y terminar en el contexto de la Palabra de Dios. Ella es la base de toda restauración, permanencia y desarrollo de toda espiritualidad verdadera. El salmo 119, producido en la época del posexilismo —probablemente como promoción de la recién puesta por escrito de la mayor parte de lo que hoy compone el Antiguo Testamento o Biblia hebrea— es un extenso poema acróstico que tanto en su forma como contenido afirma la imperiosa necesidad de que la Palabra de Dios esté presente en cada rincón de la vida humana, sea este de dolor o de alegría, de paz o de temor, de odio o de amor, de esperanza o desesperanza. Nada, no importa qué experiencia pase el humano en la vida, debe quedar fuera del poder transformador y restaurador de la Palabra divina. Alternándose con algún sinónimo de la «palabra» (10 en total), el poeta coloca, versículo tras versículo (176 en total), la amplia gama de



experiencias humanas para plasmar así—de la «a» a la «z»—que la Palabra de Dios se filtra, como delicioso líquido dulce y perfumado, en cada aspecto de la vida humana. Y esta presencia constante de la Palabra trae resultados magníficos: «todo lo que hace prosperará» (Sal 1.3), «serás prosperado en todo lo que emprendas», «todo te saldrá bien» (Jos 1.7-8), «disfrutaban de mucha paz y no sufren ningún tropiezo» (Sal 119.165).

En la época del posexilium, la cólera, amargura y frustración no se dirigían a los enemigos externos, sino a los internos. Toda esa poesía grandilocuente de restauración que cantó el Deutero-Isaías (40—55) y la esperanza que ella trajo se borró de un solo golpe con el regreso a «casa», a Jerusalén y sus alrededores. Jerusalén ya no era la ciudad gloriosa, orgullo de Israel. En su lugar había solo ruinas y era el hogar de una minúscula comunidad que deseaba, sobre todas las cosas, reconstruirla. Al problema de la reconstrucción —como bien ilustran los libros de Nehemías, Esdras, Hageo y Zacarías— se le agregan las terribles tensiones causadas por la escisión de la comunidad en dos bandos que representaban pasadas instituciones teológicas, políticas, sociales y religiosas (Hanson y Achtemeir). Por un lado estaba el grupo sacerdotal Zadoquita, de tipo exclusivista, compuesto por los ricos y poderosos, y que reclamaban el control total del culto y de la ley. Por otro lado estaba el grupo profético, compuesto en su mayoría por quienes habían permanecido en Jerusalén durante todo el exilio (Hanson: 130, Achtemeir: 17), aunque grupos importantes de los que habían estado en Babilonia también formaron parte de este grupo. Este grupo, de acuerdo con Isaías-III (56—66) era heredero de la tradición del Siervo de Yavé de Isaías II. Una tradición que hundía sus raíces en las luchas por un culto que reflejara obras de justicia para todos, pero de manera especial para los excluidos y marginados de la sociedad (Is 58.1-15; 61.1-13); un culto que no cerrara sus puertas a nadie (53.3-6; 66.2, 22.23). Este grupo profético se había convertido, tanto por solidaridad como por pertenencia obligada, al grupo marginado y oprimido por los ricos y poderosos.

El mensaje de Isaías-III es un canto al espíritu justiciero del proyecto de Dios y una descripción concreta del reino de Dios. De acuerdo con este libro, en el proyecto de Dios, los pobres y los excluidos encuen-



tran un lugar privilegiado en el reino de Dios y sus voces son escuchadas y adquieren protagonismo y poder. Si este fue el proyecto del grupo profético, el de los sacerdotes y líderes religiosos, al servicio de los poderosos, fue el de la etnocentricidad, el apellido y la pureza y perfección racial. Los de otras razas o etnias, los que tenían algún defecto físico y social no tenían acceso a los centros religiosos y a las actividades relacionadas con ellos. Se sumaban a este grupo, en grandes cantidades y con particular sufrimiento de violencia y exclusión, los niños y las mujeres. La ley que otrora tenía como propósito la igualdad, la armonía, la justicia y la paz, ahora se había reescrito para marcar las diferencias raciales, étnicas y entre pureza e impureza, entre lo sagrado y lo profano. Así en lugar de resaltarse las leyes humanitarias presentes en el Deuteronomio, se trajeron al centro las más negativas y violentas:

No pueden entrar en el Santuario de Dios los hombres con testículos aplastados, o sin pene. Tampoco podrán entrar los hijos de los matrimonios entre hombres israelitas y mujeres extranjeras. Ninguno de sus descendientes podrá hacerlo. Tampoco podrán entrar los amonitas, ni los moabitas, ni sus descendientes... (Dt 23.1ss, TLA).

Solo así se puede explicar lo que Isaías-III dice al abrir su mensaje (56.3-7, TLA):

*Si un **extranjero** se entrega al Señor,
no debe decir:*

“El Señor me tendrá separado de su pueblo.”

*Ni tampoco **el eunuco** debe decir:*

“Yo soy un árbol seco.”

Porque el Señor dice:

*“Si **los eunucos** respetan mis sábados,*

y si cumplen mi voluntad

y se mantienen firmes en mi alianza,

yo les daré algo mejor que hijos e hijas;

les concederé que su nombre quede grabado para siempre

en mi templo, dentro de mis muros;



*les daré un nombre eterno,
que nunca será borrado.
Y a los extranjeros que se entreguen a mí,
para servirme y amarme,
para ser mis siervos,
si respetan el sábado y no lo profanan
y se mantienen firmes en mi alianza,
yo los traeré a mi monte sagrado
y los haré felices en mi casa de oración.
Yo aceptaré en mi altar sus holocaustos y sacrificios,
porque mi casa será declarada
casa de oración para todos los pueblos.*

Debe reconocerse que un grupo muy importante de judíos que había sido llevado a Babilonia solo pudo asegurar su supervivencia económica sometién dose a la fuerza u orillado a la necesidad de convertirse en eunuco. Por su parte, en el libro de Esdras, «extranjero» prácticamente fue sinónimo de ser mujer. En un artículo titulado «Las mujeres extranjeras, víctimas del conflicto de identidades», Elizabeth Cook dice:

Bajo el decreto de Ciro, rey de Persia, en 538 a.C., regresa un “remanente” de judíos que habían vivido exiliados en Babilonia durante casi 50 años. Las esperanzas de esta comunidad están plasmadas en la reconstrucción de su Jerusalén, de su templo, y en el cumplimiento de la ley como medio para asegurar que las infidelidades que la llevaron al exilio no se vuelvan a repetir. Pero este grupo, que había experimentado la exclusión y expulsión en carne propia, regresa a su tierra y, extrañamente, margina y expulsa a otros (otras). *Estos otros, en el libro de Esdras, (como en muchos otros textos del Antiguo Testamento) tienen rostro de mujer* (Cook, 2005, p. 106).

La marginación de estas mujeres, dice Cook, las convierte en mujeres sin nombres, sin capacidad de hablar ni de actuar. No se les da la palabra en el texto, no son sujetos de ningún verbo, sino que su único papel es ser objetos de las discusiones de los hombres. Solo se las designa como «mujeres extranjeras». En su estudio, Cook señala que lo que hace de la mujer «extranjera» en la comunidad posexílica,

que conoció Esdras, no es tanto su extranjería, sino el hecho de ser «mujer», independientemente de su condición étnica o cultural (Cook, 2005, p. 122). Para el grupo Zadoquita y exclusivista, la mujer como el eunuco y algunos extranjeros, quedaba fuera por ser impura, por estar contaminada.

Para responder a esa postura de marginación y violencia, Isaías-III ofrece una renovada definición del concepto de membresía en la comunidad de Dios. Los rechazados de Israel (Is 58.8; cf. Neh 10.28-31; 13; Es 9—10; 2 Cr 13.10-12), dice Isaías, son bienvenidos en la presencia de Dios: los eunucos (56.4), los extranjeros (56.3, 6, 61.5) y todos quienes carecían de «pureza ritual» (58.6-7; 61.1-2; 66.2). Con su discurso del retorno y reunión de los rechazados, Isaías-III reinaugura el nuevo éxodo para los excluidos, para los violentados. En plena «restauración» los «normales» han mantenido en exilio a los «marginados», a los «impuros» e «imperfectos». Es en este contexto que resuenan las palabras del poema acróstico compuesto por los Salmos 9—10. En el espíritu de lo que se dijo de los Salmos 13 y 137, este canto es un instrumento que le da voz a quien se le ha arrebatado la palabra. Imaginémonos al eunuco, a la extranjera, al niño marginado que se agarra de estos dos Salmos (9—10) y descubre en ellos la posibilidad de apropiarse del recurso poderoso de la poesía para tomar posesión de un medio que le permita tener voz y saberse escuchado. Este poema arranca con la voz afirmativa y enérgica del poeta, hablando en primera persona: «te alabo», «proclamo», «me alegro», «me regocijo», «canto» (vv. 1-2[2-3]). Y a esa voz del marginado, de quien se le ha arrebatado la membresía y el espacio, se agrega la poderosa acción divina—en segunda persona—en contra del malvado y a favor del pobre o inocente: *tú has mantenido [mi derecho y mi causa], te has sentado [para juzgar con justicia], tú reprendiste [a las naciones], tú destruiste [al malvado], tú borraste [el nombre del malvado para siempre], tú arrancaste [las ciudades de los malvados]*. Al malvado, al violento, el poeta cita solo en tercera persona, distanciándolo de sí mismo, de todos aquellos a quienes les había arrebatado la palabra y la voz. Al poeta solidario y pobre, aunque físicamente tuviera a los malvados y violentos encima, lingüísticamente los relega al «silencio». La comunidad marginada le niega al enemigo el derecho de voz en su canción de protesta ante Dios. Así el canto y oración acróstica—



de la «A» a la «Z»— se convierte en un acto social de descalificación del malvado. De este modo, el poema se convierte en el único medio a través del cual el pobre y vulnerable puede expresar su voz en forma audible y enérgica. Y esto solo se logra teniendo a Yavé, juez justo, como interlocutor (Brueggemann, 1991, p. 218-221).

De acuerdo con el libro de los Salmos, solo cuando Yavé es el interlocutor del pobre, es que éste tiene la posibilidad de ser escuchado. Por ello, tiene inmenso valor orar con la Palabra de Dios, con los Salmos, con el Trito-Isaías. Estos poemas provenientes de las comunidades siervas y sufrientes vienen a ser «hoy» como «ayer» uno de los pocos medios —y a veces el único medio— a través del cual el afligido y maltratado no solo puede articular su voz, sino hacerla oír también en un foro en el que el interlocutor más importante es nada menos que Yavé, «el Dios de los pobres».

En la práctica de la espiritualidad, de acuerdo con estos textos, el verdadero culto y la verdadera oración y liturgia son aquellas en las que la justicia reina y se practica (Is 56.1DHH):

*Practiquen la justicia (sedeqah),
hagan lo que es recto (mispat),
porque pronto voy a llevar a cabo la liberación;
voy a mostrar mi poder salvador (lit. mi justicia).*

¿No es eso mismo lo que canta el capítulo 58 de Isaías? El meollo de la experiencia litúrgica no son los ritos ni las regulaciones de penitencia, sino la práctica de la justicia. Por ello en la comunidad de Isaías-III ni el ayuno ni guardar el sábado son expresiones legalistas ni opresivas. No, ¡de ninguna manera! Son ambas, espacios para la práctica auténtica de la justicia, de la armonía y la paz. En la gran celebración del sábado, la del año del jubileo, se da la expresión de fiesta, alegría y buen humor para todos —no para unos cuantos— como expresión de verdadera espiritualidad. Ese es el espíritu del Salmo 126 (TLA):

*Cuando Dios nos hizo volver
de Babilonia a Jerusalén,*

*creíamos estar soñando.
**De los labios nos brotaban
 risas y cánticos alegres.**
 Hasta decían las demás naciones:
 «Realmente es maravilloso
 lo que Dios ha hecho por ellos».*

*¡Lo que Dios hizo por nosotros
 fue realmente maravilloso,
 y **nos llenó de alegría!***

*Dios,
 devuélvenos el bienestar,
 como le devuelves al desierto
 sus arroyos.
 Las lágrimas que derramamos
 cuando sembramos la semilla
 se volverán **cantos de alegría**
 cuando cosechemos el trigo.*

La respuesta al acto redentor de Dios es la fiesta alegre, el canto desbordante de felicidad, las risas y la danza. El Salmo 100 no tolera una adoración severa, adusta y «solemne». Opta por los cantos de alegría y aclamación. Lo sonoro, no el silencio es lo que impera. ¿No es ese el sentido de la reprimenda que Jesús les da a los «estirados» fariseos cuando se escandalizaron por los gritos y bullanguería de los niños en el «sacrosanto» templo? (Mt 21.14-16). Por supuesto que aquellos tampoco estaban contentos con la obra de sanación que Jesús hizo a favor de los «ciegos y cojos» (v.14).

Dios, es un «Dios alegre, es joven y sabe sonreír» reza una canción juvenil. Por eso celebra la risa y el humor. Dios mismo los hizo participantes y protagonistas de la misma obra de la creación. Proverbios 8.22-31 (texto de la TLA con cambios sugeridos por DHH y el TM), oda a la dama sabiduría, dice así:



*Dios fue quien me creó.
 Me formó desde el principio,
 desde antes de crear el mundo.
 Aún no había creado nada
 cuando me hizo nacer a mí.
 Nací cuando aún no había
 mares ni manantiales.
 Nací mucho antes
 de que Dios hiciera
 los cerros y las montañas,
 la tierra y sus paisajes.
 Yo vi cuando Dios puso
 el cielo azul sobre los mares;
 cuando puso las nubes en el cielo
 y cerró las fuentes del gran mar;
 cuando les ordenó a las aguas
 no salirse de sus límites.*

»Cuando Dios afirmó la tierra,
 yo estaba allí, a su lado,
 como su **niña** [algunos prefieren esta
 traducción al de «artesana»].
 Yo era su constante fuente de alegría,
y jugueteaba en su presencia a todas horas
 [en heb. *Shajaq* se usa para «jugar» y «reír»];
³¹ **jugueteaba** en el mundo creado,
 ¡me sentía feliz por el género humano!
 me llenaba de alegría;
 ¡la humanidad creada por Dios
 me llenaba de felicidad!

De acuerdo con este texto de Proverbios, la primera criatura de Dios fue la «niña» juguetona llamada «Sabiduría». En este contexto, la creación de Dios, contada en Génesis uno, es un juego, y para asegurarse de que así lo fuera, Dios creó a su «artesana» compañera como una niña juguetona. Y lo mismo hizo en su nueva creación, la obra de

redención en Cristo. Jesús lo dijo sin tapujos: **EL REINO, ES COSA DE NIÑOS** (Mc 10.13-15). Cuando Dios decidió redimir al Israel del exilio y de su propia vanagloria y maldad, no encontró mejor metáfora que la de una comunidad o sociedad «pastoreada» o liderada por niños (Is 11.6):

*Cuando llegue ese día,
el lobo y el cordero se llevarán bien,
el tigre y el cabrito descansarán juntos,
el ternero y el león crecerán uno junto al otro
y se dejarán guiar por un **niño pequeño**.*

Ya lo dice el Salmo 126, la experiencia liberadora del evangelio, del proyecto de Dios, de su reino, provoca gritos, risas y cantos de alegría. El adulto poco o nada sabe de esto, y Dios decidió quitarle el protagonismo. En su libro, *Un Dios para el 2000*, Juan Arias dedica un capítulo completo al humor: «El Dios del humor». Empieza ese capítulo diciendo: «Donde no hay humor, no hay humanidad, donde no hay humor existe el campo de concentración». El gran exegeta y expositor Alessandro Pronzato ha dedicado todo un libro completo para hablar del humor. Varias de las ideas expresadas aquí pertenecen a esa obra titulada *La boca se nos llenó de risas: sentido del humor y fe*. En ese libro, lleno de historias jocosas y chistes, Pronzato cita a un buen número de Padres del desierto que amenizaban sus reflexiones bíblicas y piadosas con chistes e historias de humor. A ambos autores, agregamos a otros como Harvey Cox, Jürgen Moltmann y Rubem Alves. Todos ellos hablan, en sus libros, de la necesidad de llenar nuestras vidas con risas, juegos, alegría y humor. En su libro, *Fiesta de locos*, Cox dice:

Me he dado cuenta de que existe una brecha innecesaria entre los transformadores-del-mundo y los celebradores-de-la-vida...yo quisiera ver desaparecer esa brecha. No existe razón alguna para que los celebradores-de-la-vida no se involucren para lograr cambios sociales fundamentales. Y los transformadores-del-mundo no tienen necesidad de ser tan serios y ascéticos. San Francisco, el santo cristiano que más afirmó la vida, fue un revolucionario de corazón. Carlos Marx



soñaba con un mundo en el que el trabajo se convertiría en una especie de juego. A fin de cuentas, los radicales serían más efectivos si, de tiempo en tiempo, se dieran permiso para vivir como si todas las cosas por las que luchan fueran ya una realidad. Los teólogos podrían llamarle a esto «liberación proléptica». (Cox, 1969. smd).

De acuerdo con Harvey Cox, la espiritualidad tiene un importante ingrediente de lo festivo, pero en una perspectiva claramente delineada: Dios nos invita a la celebración de las fiestas en las que quienes no tienen el poder, ni los privilegios, ni las riquezas, tengan la oportunidad de cuestionar, de desenmascarar y de enjuiciar a los poderosos. Es en realidad, la fiesta de la cruz, ese lugar que es a la vez espacio de redención y espacio de solidaria condena a la maldad y la violencia.

En las fiestas dirigidas por Dios y convertidas en ingredientes de una espiritualidad liberadora, los papeles cambian, los valores humanos se trastruecan, y quienes dirigen el «juego» o la danza son los que la sociedad comúnmente tiene «pisoteados»: los niños, las mujeres, los minusválidos, los exiliados. Los juegos y fiestas de Dios, como el sábado y el año sabático, nos enseñan que la vida y la historia no están atadas o esclavizadas a una serie ininterrumpida de eventos y circunstancias fijadas de antemano en el mundo de lo divino o los poderes divinizados. En ellos se anuncia y afirma que hay momentos en el devenir de la vida humana para detenerse con el fin de restaurar, de recrear la vida: «Detente y restaura la libertad para los esclavos; detente y restaura la fertilidad de la tierra; detente y restaura comida para el pobre; detente y restaura la propiedad a su dueño original» (Miller: 138).

A las comunidades cristianas latinoamericanas se les presenta el reto de revisar y transformar sus prácticas litúrgicas y sus celebraciones festivas. En efecto, el reto es cambiarlas de simples reuniones dominicales, afirmadoras del *status quo* auto complaciente, a eventos que abran espacios de libertad y de vida plena. Fiestas y celebraciones que, por un lado, afirmen la vida y, por el otro, desenmascaren y disloquen la corrupción, la explotación, la violencia y el abuso del débil y vulnerable.

Para la práctica de una espiritualidad desenmascaradora y justiciera, la mejor arma es la sátira y el desnudar lo ridículo. Dios, en su



Palabra, ya nos ha dado plena muestra del uso del humor en esa línea. El mejor y más conocido ejemplo es el del libro de Jonás (véase el libro de Maillot). Ante las posturas ridículas y desconcertantes de Jonás, Dios responde con otras tantas, llenas de humor y sarcasmo. Si Jonás intenta huir al «fin del mundo» (Tarsis), Dios le envía una invención personal para Jonás, el gran pez, creado expresamente para él. Si Jonás predica un sermón de tan solo cinco palabras como para salir del paso, Dios provoca una respuesta espectacular que cualquier predicador contemporáneo quisiera emular, Jonás consigue convertir a 120,000 ninivitas descritos en la Biblia como malvados y perversos. Y cuando Jonás se pone en primera fila para contemplar el castigo divino contra los ninivitas, Dios trae su siguiente invento, una planta; que ningún exegeta ha logrado saber de qué se trata: ¿ricino, pepino, palmera, calabaza? A Dios, ¿qué le importa lo que piensen los botánicos y los zoólogos; para sacar de quicio al loco de Jonás, le inventa para él solito un pez y una hortaliza a su medida, y en lugar de chamuscar una ciudad completa, le quema el «coco» («calabaza», «jupa») al estúpido de Jonás. ¡El reino de Dios, cosa de niños! Para cerrar esta parte cito las palabras de W. Thiede: «¡Reíd! Porque la risa constituye una declaración de que sois hombres redimidos» (Pronzato, 2006, p. 176).

El humor, la alegría, el juego y la fiesta, son de acuerdo con el consejo del «Predicador» o Qohelet la mejor práctica de espiritualidad en tiempos y espacios «cerrados», en momentos de vaciedad, inercia, desgano, desesperanza y «tranquila desesperación». En palabras del Predicador, todo es una «porquería» (Ec 1.1-11, TLA):

*¡En esta vida nada tiene sentido!
¡Todo es una ilusión!*

*Realmente, en esta vida
nada ganamos con tanto trabajar.
Unos nacemos, y otros morimos,
pero la tierra jamás cambia.
El sol sale por la mañana,
y por la tarde se oculta,*



*y vuelve corriendo a su lugar
para salir al día siguiente.
El viento gira y gira,
y no deja de girar;
a veces sopla hacia el norte,
y a veces sopla hacia el sur.
Los ríos corren hacia el mar,
y luego vuelven a sus fuentes
para volver a vaciarse en el mar,
pero el mar jamás se llena.
¡Qué difícil me resulta
explicar lo aburrido que es todo esto!
¡Nadie se cansa de ver!
¡Nadie se cansa de oír!
Lo que antes sucedió,
vuelve a suceder;
lo que antes se hizo,
vuelve a hacerse.
¡En esta vida no hay nada nuevo!*

*Cuando alguien llega a decir:
«¡Aquí tengo algo nuevo!»,
resulta que eso ya existía
antes de que nacióramos.
Nosotros no nos acordamos
de lo que otros hicieron,
ni los que vengan después
se acordarán de lo que hicimos.
¡Los que vengan después
creerán empezar de nuevo!*

Para la comunidad que pinta el Predicador, el presente es pura porquería, el pasado ha resultado una experiencia tan terrible que nadie aconseja retomararlo o recurrir a él, y el futuro es tan incierto como la vaciedad del presente (Ec 8.6-8). ¡Qué tan parecida es esta experiencia con la de muchos países latinoamericanos! El filósofo mexicano, Leopoldo Zea, define la vida del latinoamericano como de pura

«ilusión», y la caracteriza con la práctica de la compra de todo tipo de loterías y rifas. Se vive con la esperanza de sacarse algún día la lotería y así poder vivir. La vida no se hace vida porque se realiza en la pura ilusión, como algo que parece estar pero no está, que es pero no es. Dice Zea, el latinoamericano por lo general rechaza su pasado porque odia su pasado colonial y anhela recrear el «idílico» pasado pre-colombino que de idílico no tiene mucho. Es decir, el latinoamericano rechaza su pasado, lo niega, no lo tiene. Y sin pasado ni raíces de sana identidad, el futuro es realmente inexistente, al menos no uno con esperanza de mejor vida.

En el libro de Eclesiastés, el trabajo es fastidioso (1.3; 2.22), el amor al dinero no lleva a nada (5.11-12), la violencia y la injusticia están por todos lados y todos los días que ya forman parte del folklore nacional (4.1-6). En pocas palabras, nada bueno o malo produce cambio alguno. ¡Todo es aburrimiento y porquería! Pero lo más sorprendente, aunque no desconocido para nosotros, es que esta vida de vaciedad y porquería se vive en un contexto de extensión, de prosperidad, de excelente administración militar y política, tal como lo fue en la época helénica iniciada con Alejandro Magno. Bajo la presencia de Tolomeo, la población judía vio con sus propios ojos el perfecto funcionamiento de la maquinaria administrativa y militar de la hegemonía helénica. Elsa Tamez (1994) la describe así:

Con respecto al reinado de los tolomeos, la novedad ocurre en todos los campos: las técnicas militares, la manera de ejercer el poder desde Alejandría, la administración real y sus finanzas, la acuñación de la moneda, la fiscalización en Egipto y las provincias, la tecnología aplicada a la producción agrícola, el comercio a escala mayor, y las discusiones filosóficas; es también en este período que ocurren inventos matemáticos y físicos que hasta la fecha son vigentes.

Hengel señala que: la civilización helenística no se dio primero en el arte, la literatura, la filosofía, sino en la superioridad de la técnica de la guerra, y particularmente en la esfera de influencia egipcia; en la perfecta e inexorable administración del estado, cuyo objetivo era la explotación óptima de sus territorios sojuzgados. La estructura geográfica y económica de Egipto bajo los tolomeos, requirió una estructura o administración dirigida y centralizada, muy organizada.



Bajo los primeros tolemeos, la idea oriental de divinizar al rey fue acogida por los griegos y puesta en práctica en combinación con la lógica griega. Al poder absoluto del rey en tanto Dios, dueño de la tierra, se le unió la eficacia de los griegos. Así el rey contaba con un administrador (*dioiketes*), encargado de todas las finanzas y la administración del estado.

Para el Predicador, la «gran porquería» se manifestaba sobre todo en la tentación de sus paisanos por ser arrastrados y vivir acomodados en el sistema de los griegos, a ser instrumentos y objetos de esa perfecta maquinaria, y a sujetarse a ella en detrimento de los más débiles y vulnerables. La crítica del autor, su pesimismo y cansancio, son parte de su protesta contra el *status quo*. En su escrito, el Predicador protesta contra el poder imperial y contra la aristocracia judía. Como sabe muy bien que ni él ni la comunidad pobre y marginada pueden enfrentarse al sistema, ofrece una alternativa para superar el impase de la vaciedad, sin sentido y opresión en que vive. Esa alternativa es la de aprovechar la vida común y cotidiana sin dejárselas arrebatar por el sistema dominante. No, no había razón de permitir que ese rincón de la vida también lo perdieran. El consejo del Predicador es «sácale el jugo a cada momento de la vida»:

*Todo tiene su momento oportuno;
hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo:*

*Un tiempo para nacer,
y un tiempo para morir;
un tiempo para plantar,
y un tiempo para cosechar;
un tiempo para matar,
y un tiempo para sanar;
un tiempo para destruir,
y un tiempo para construir;
un tiempo para llorar,
y un tiempo para reír;
un tiempo para estar de luto,
y un tiempo para saltar de gusto;*



*un tiempo para esparcir piedras,
 y un tiempo para recogerlas;
 un tiempo para abrazarse,
 y un tiempo para despedirse;
 un tiempo para intentar,
 y un tiempo para desistir;
 un tiempo para guardar,
 y un tiempo para desechar;
 un tiempo para rasgar,
 y un tiempo para coser;
 un tiempo para callar,
 y un tiempo para hablar;
 un tiempo para amar,
 y un tiempo para odiar;
 un tiempo para la guerra,
 y un tiempo para la paz.*

Qué provecho saca quien trabaja, de tanto afanarse? He visto la tarea que Dios ha impuesto al género humano para abrumarlo con ella. Dios hizo todo hermoso en su momento, y puso en la mente humana el sentido del tiempo, aun cuando el hombre no alcanza a comprender la obra que Dios realiza de principio a fin.

Yo sé que nada hay mejor para el hombre que alegrarse y hacer el bien mientras viva; y sé también que es un don de Dios que el hombre coma o beba, y disfrute de todos sus afanes. Sé además que todo lo que Dios ha hecho permanece para siempre; que no hay nada que añadirle ni quitarle; y que Dios lo hizo así para que se le tema. (Ec 3.1-14, NVI, resaltado propio).

No hay mucho de dónde elegir, aunque «mientras haya vida hay esperanza», por eso digo, «más vale plebeyo vivo que rey muerto». Los que aún vivimos sabemos que un día habremos de morir, pero los muertos ya no saben nada ni esperan nada, y muy pronto son olvidados. Con la muerte se acaban sus amores, sus odios, sus pasiones y su participación en todo lo que se hace en esta vida.

¡Ánimo, pues! ¡**Comamos y bebamos alegres, que Dios aprueba lo**



que hacemos! ¡Vistámonos bien y perfumémonos! Puesto que Dios nos ha dado una corta vida en este mundo, disfrutemos de cada momento con la mujer amada. ¡Disfrutemos cada día de esta vida sin sentido, pues sólo eso nos queda después de tanto trabajar! Y todo lo que podemos hacer, hagámoslo con alegría. Vamos camino a la tumba, y allá no hay trabajo ni planes, ni conocimiento ni sabiduría. (Ec 9.4-10) (Resaltados propios).

A los jóvenes les dice: *Alégrate ahora que eres joven. Déjate llevar por lo que tus ojos ven y por lo que tu corazón desea, pero no olvides que un día Dios te llamará a cuentas por todo lo que hagas.*¹⁰ *Deja de preocuparte, pero apártate de la maldad...* (Ec 11.9-10, TLA). Dice Tamez (1994):

Esta es una buena salida, factible. Si el futuro es opaco y el pasado conduce a una alienación, hay que establecer la conciencia en el presente. Pero el presente puede revelarse a la conciencia como camisa de fuerza, por la falta de horizontes utópicos explícitamente configurados o de promesas hechas a los antepasados. Entonces le quedan varias alternativas dentro del presente: la ironía, la resignación, el suicidio o vivirlo plenamente orientado por otra lógica diferente a la impuesta por el sistema “de porquería”, es decir, de *hebel*». La propuesta es valorar lo cotidiano con alegría y disfrute de tal manera que sea una propuesta profética de la esperanza mesiánica de Isaías 62.9 y el banquete escatológico que celebra la vida plena en reino en espíritu festivo.

Junto con la experiencia de la risa, la alegría, el juego y el valor de lo común y cotidiano, la espiritualidad alcanza su máxima expresión en la experiencia de vida en el Espíritu. Ya lo decía Pablo en Gálatas 5.25 (RV60): «Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu». Y los profetas del posexilio no olvidaron esta verdad. Tanto para Isaías-III como Joel, la justicia, la paz, la armonía y unidad se lograban con una vida en el Espíritu. Ambos (Is 61.1; Jl 2.28-32) anuncian la venida del espíritu de Yavé con el propósito de curar a quienes viven en angustia y aflicción, para dar paso a nuevas relaciones de justicia entre los miembros de la comunidad. Pero es Joel el que ofrece la descripción más elocuente sobre la restauración total al hablar del derramamiento del Espíritu de Dios. Así, en la profecía del

posexilio, se consolida la enseñanza de que la práctica de la justicia tiene como contexto de expresión la vida en el Espíritu. Dios dice, de acuerdo con Joel, «derramaré mi espíritu sobre todos. Pero “todos” no significa solo a quienes ustedes consideran como “todos”. No solo varones, sino también mujeres, no solo sobre adultos, sino también jóvenes, pero sobre todo, sobre **los esclavos y las esclavas**». Todos aquellos que han dependido de los ancianos, varones y amos para saber cuál es la voluntad de Dios, con el derramamiento del Espíritu se han convertido ellos mismos en profetas. Ahora son sujetos de su propio encuentro con Dios. Ahora pueden compartir con *todos* el derecho de ser profetas para sí mismos y para los demás. Ese ser profetas y ese vivir en el Espíritu —aprendámoslo de una vez por todas— es el demostrar lo que Pablo llama «frutos del Espíritu» (Gl 5.22-23, TLA): *el Espíritu de Dios nos hace amar a los demás, estar siempre alegres y vivir en paz con todos. Nos hace ser pacientes y amables, y tratar bien a los demás, tener confianza en Dios, ser humildes, y saber controlar nuestros malos deseos.*

Es difícil pensar en la historia bíblica de la época posexílica sin encontrar similitudes sorprendentes con nuestra realidad latinoamericana: una ciudad devastada esperando ser reconstruida, zonas de escombros, de hediondez, de basureros y de viviendas hacinadas junto con viviendas lujosas y grandes centros comerciales. En cada ciudad y pueblo, por estas y otras razones, al igual que en la Jerusalén posexílica, hay conflicto de intereses. ¿A quiénes darle prioridad en la reconstrucción de la ciudad? ¿Quiénes merecen recibir a manos llenas o en migajas los recursos de Dios? ¿Quiénes vivirán acá, quiénes allá? ¿Quiénes son los «eunucos» de hoy, y quienes son las «extranjeras» y los «imperfectos» e «impuros»?

Conclusión

¿Qué hemos aprendido de nuestra visita a las comunidades exílicas y posexílicas? ¿Qué nos enseñan acerca de la espiritualidad para tiempos de «porquería», para el sinsabor y la vaciedad?

1. Ante la marginación y exclusión, la apertura a todos, pero de ma-



- nera especial a los más vulnerables y «diferentes», es la respuesta.
2. Ante un sistema que nos mete en el mundo de la fascinación por lo material, por el consumismo, por ese mundo de la multitud de imágenes, voces y sonidos, el enfocarse de manera total en la Palabra de Dios y la dirección del Espíritu es la respuesta.
 3. Ante el aislamiento y soledad producidas por este sistema metalizado y de «éxitos» metalizados y modelados por el glamour y la vana gloria, el vivir entre las multitudes, pero a menudo hacina-dos, la comunidad inclusiva verdadera, la que celebra la diferencia y la variedad sin obligar a la homogenización y falsas igualdades, esa es la respuesta. Aquella en la que cada miembro es conocido y valorado no por otra cosa más que por el simple hecho de que ha sido recatado y valorado por y en Jesucristo (Bonhoeffer).
 4. En un mundo de frustraciones, tristezas, temores, aburrimiento y resignación, la verdadera espiritualidad ofrece preciosos espacios para el humor la risa y el sarcasmo.

Nuestro recorrido bíblico nos ha recordado que no hay una verdadera espiritualidad si no existe un compromiso concreto y permanente con el oprimido, el excluido y el azotado. Abramos cualquier libro de espiritualidad bíblica y cristiana de estos tiempos, y descubriremos que en el meollo de la práctica de la espiritualidad está la práctica de la justicia social, la búsqueda del bien del otro y de la otra, especialmente del pobre y del humillado. En un libro autobiográfico que en este momento no tengo a mano, Henry Nowen habla de su participación en las marchas de protesta contra la discriminación racial en Estados Unidos: activismo y oración van de la mano. Sin la otra, nunca podré ser un hombre de oración o un siervo de Dios que cumple su voluntad. La práctica de la justicia social es de suyo la práctica de la espiritualidad, porque en el compromiso con el excluido, el pobre, el enfermo y el desnudo, el cristiano y la iglesia viven su realidad de ser Cuerpo de Cristo en este «aquí y ahora». Hoy por hoy, la encarnación de Dios en Cristo se manifiesta sin más en la vida de la iglesia, de la comunidad de fe comprometida en lo que fue el centro de la misión de Jesús: los pobres (Mt 11.2-6; Lc 4.17-19).

Aunque esa práctica toma y ha tomado infinidad de modalidades a



través de la historia de la iglesia, no deja de fascinarme la propuesta de Walter Wink en varias de sus obras. Una de ellas, traducida al castellano, aunque se titula «Paz: teología para un nuevo milenio», pienso que muy bien podría titularse «espiritualidad para un nuevo milenio». Frente a la violencia ejercida por el poderoso y por las potencias mundiales, Wink propone que la verdadera espiritualidad no se forja desatando violencia contra violencia, pero tampoco en un despreocupado pacifismo que perpetua la violencia de los violentos. Habla de seguir el ejemplo de Jesús, al que llama la «tercera vía»: la resistencia no violenta. No ofrece recetas fáciles ni sencillas, pero una cosa es cierta, el evangelio califica de dichoso y bendito a aquel y aquella que dedican su vida a ser constructores de la paz, sabiendo que ella es el fruto de la justicia.

Bibliografía

- Achtemeir, Elizabeth (1982). *The Community and Message of Isaiah 56—66*. Minneapolis: Augsburg Publishing House.
- Alves, Rubem. (1982). *La teología como juego*. Buenos Aires: Ediciones La Aurora.
- Arias, Juan. (2000). *Un dios para el 2000*. Madrid: Desclée de Brower.
- Bonhoeffer, Dietrich. (2001). *Escritos esenciales*. Introducción de Robert Coles. Santander: Editorial Sal Terrea.
- Brueggemann, Walter. (1991). “Psalms 9-10: A counter to conventional social reality” en *The Bible and the Politics of Exegesis*, D. Jobling et al., eds. Cleveland: Pilgrim.
- Consejo Mundial de Iglesias. (1986). *Una espiritualidad para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Ediciones La Aurora.
- Cook, Elizabeth. (2005). “Las mujeres extranjeras, víctimas del conflicto de identidades” en *Eccse Mulier: Homenaje a Irene Foulikes*. San José: Editorial SEBILA.
- Cox, Harvy. (1969). *The Feast of Fools: A Theological Essay of Festivity and Fantasy*. New York: Harper & Row, Publishers.
- Dressler, Wolfran J. (2006). *Un Dios sin fronteras: Jonás*. El Dorado:



Misioneros del Verbo Divino.

- Gillingham, S. E. (1994). *The Poems and Psalms of the Hebrew Bible*. Oxford: Oxford University Press.
- Goethe, Johann Wolfgang. (1999). *Antología: Poemas, poesía y verdad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Hanson, Paul D. (1975). *The Dawn of Apocalyptic: The Historical and Sociological Roots of Jewish Apocalyptic Eschatology*. Philadelphia: Fortress Press.
- Maillot, Alphonse. (1997). *Jonas ou le sourire de Dieu*. Paris: P. Lethielleux.
- Niebuhr, Richard. (1969). *Cristo y la cultura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Nouwen, Henri. (2001). *Cambiar desde el corazón, escuchar al Espíritu: Invitación a la vida espiritual*. Madrid: PPC Editorial.
- _____. (1996). *Diario desde el monasterio: Espiritualidad y vida moderna*. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Pronzato, Alessandro. (2006). *La boca se nos llenó de risas: Sentido del humor y fe*. Santander: Editorial Sal Terrea.
- Rolheiser, Ronald. (2003). *En busca de espiritualidad: Lineamientos para una espiritualidad cristiana del siglo XXI*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen.
- Scarry, Elaine. (1985). *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. Oxford: Oxford University Press.
- Tamez, Elsa. (1994). "La razón utópica de Qohélet" en *Revista Pasos* 52. Marzo – Abril. San José: DEL.
- Westermann, Claus. (1969). *Isaiah. A Commentary. Old Testament Library*. Philadelphia: The Westminster Press.
- Wink, Wlater. (2005). *Paz: Teología para un nuevo milenio*. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Wolff, Hans Walter. (1975). *Antropología del Antiguo Testamento*. Salamanca: Ediciones Sígueme.